



I

*Castillo de Dunlaidir
Costa oriental de Escocia, 1330*

MILADY, LO QUE TÚ NECESITAS ES UN PROTECTOR. Lady Caterine Keith se encogió de hombros al escuchar aquel sincero consejo de su dama de compañía y continuó mirando por las ventanas de sus aposentos en la torre. Mucho más abajo, el mar del Norte rompía y se agitaba. Su oleaje gris estaba cubierto de blanco espuma y su superficie encrespada era un perfecto reflejo de la confusión que reinaba en su interior.

Un pesado muro de silencio se alzó entre las dos mujeres, e incluso el crepitar del fuego en la chimenea y el silbido hueco del viento del otoño parecieron ensordecerlas.

Las ráfagas cargadas de lluvia azotaban las recias paredes de piedra de Dunlaidir, haciendo temblar tanto los postigos de las ventanas que Caterine no se hubiese sorprendido de verlos arrancados y arrojados a las agitadas aguas.

Una inquietante sensación premonitoria le recorrió la espalda, perturbando su ánimo. Un presentimiento palpable, tan frío e incesante como las negras olas que azotaban los acantilados sobre los que el castillo de Dunlaidir se erguía con orgullo.

Calló.

La sugerencia de su dama de compañía no merecía ningún comentario.

Alentada por el silencio de Caterine, lady Rhona continuó con su efusivo discurso.

—Ya puedo verlo frente a mí: un poderoso protector blandiendo una gran espada, un caballero de fama y de honor —se entusiasmó, con una voz fresca, turbada por la emoción.

Su amiga Rhona estaba llena de fantasías, pero Caterine ya no creía en ellas.

Quizás nunca había creído.

Nunca le había sido permitido creer, aunque su joven corazón había intentado, alguna vez, aferrarse a aquellos estúpidos sueños.

—Milady —imploró Rhona forzando la voz para captar la atención de Caterine—. ¡Piénsalo bien! Un intrépido guerrero, capaz de derrotar a tus adversarios con sólo una mirada. Sería tan fácil para ti conseguir un caballero valiente dispuesto a destruirlos. Un gran protec...

—Yo no quiero un protector. —Caterine se dio la vuelta para mirar a su amiga—. Deseo únicamente estar sola.

—Pues yo estoy segura de que lo que tú necesitas es deseo —exclamó Rhona romántica, y después se cubrió la boca con una mano mientras un rubor incontrolable le sonrojaba las mejillas. Se deslizó por detrás de Caterine y se dirigió hacia las ventanas. Volvió a poner los postigos en su sitio para dejar fuera de la habitación la lluvia y el viento, y la estancia se sumió en una semipenumbra—. ¡Dis-

cúlpame! —agregó y se apresuró a encender las velas de un candelabro—. No he querido ser irrespetuosa. Es sólo que tú no has conoci...

—Entiendo muy bien lo que has querido decir —declaró Catherine antes de que la otra mujer, con algunos años menos que ella, pudiera seguir parlotando y avergonzando a ambas. Intentó mantener la espalda recta y se hundió en el acogedor asiento del hueco de la ventana.

Ni siquiera le importó que la lluvia, que caía oblicua, hubiera humedecido el delicado bordado de los cojines. Tenía asuntos más serios que afrontar que preocuparse de si se resfriaba o no.

—Aprecio tu preocupación, pero es injustificada. —Levantó la cabeza y lanzó una mirada de reojo a Rhona—. Yo sé mucho de hombres. ¿Crees que después de haber sobrevivido a dos esposos sigo siendo tan inocente como era antes?

—Por supuesto que no, milady. —Rhona estaba encendiendo las últimas dos velas—. Nadie es más consciente que yo de tu crítica situación. Si mi corazón pretendiese algo distinto a tus intereses, jamás insistiría en que buscases un protector.

Catherine hizo un gesto de impaciencia.

—Tú hablas de deseo. Yo necesito una solución a mis problemas, a los problemas de Dunlaidir, no un hombre que caliente mi cama.

Se reclinó, alzó a *Leo*, su pequeño perrito marrón dorado, y lo puso en su regazo.

—No solicitaré la atención de ningún otro hombre sin tener en cuenta mis aspiraciones. *Leo* es el único varón bienvenido en estas habitaciones... como tú bien sabes.

—*Leo* no puede protegerte de alguien tan poderoso como sir Hugh. Es un cobarde capaz de las peores canalladas y las vilezas más atroces. Tu único recurso es pedir a tu hermana que te envíe ayuda.

—¿Tú crees que alguien de las tierras altas de Escocia estaría dispuesto a detener a un conde *sassunach** que tiene semejante guarnición de caballeros? —Caterine alzó a *Leo* más cerca de ella, confortándose con el suave calor de su pequeño cuerpo—. Incluso alguien tan poderoso como MacKenzie tendría dificultades para impedir a De la Hogue que se apodere de Dunlaidir casándose conmigo.

Rhona inclinó la cabeza.

—Entonces debes intentar que esa unión sea imposible tomando por esposo a un protector.

En el pecho de Caterine surgió una oleada de indignación.

—Yo no quiero ningún protector. Tampoco pretendo abusar de la buena voluntad de Linnet forzándola a enviarme uno. Aunque sintiera alguna inclinación por unirme a un hombre semejante, algo en lo que no tengo ningún interés, no me resultaría más apetecible que casarme con sir Hugh.

—¿Cómo lo sabes si todavía no conoces al hombre que tu hermana podría mandarte?

Caterine miró a su amiga con severidad.

—No quiero soportar a un tercer marido, protector o no.

En lugar de contestarle, Rhona comenzó a pasearse por la habitación, golpeándose la barbilla con el dedo índice mientras caminaba. Caterine se preparó para el absurdo discurso que saldría de inmediato de los labios aún cerrados de la joven.

Después de años de amistad conocía muy bien a Rhona. Aquel gesto con el dedo precedía siempre a alguna tontería. Eran discursos enmarañados que sólo tenían sentido para sí misma.

* Término peyorativo escocés para referirse a un inglés.

—¡Tengo la solución! —exclamó, juntando las manos. Una sonrisa triunfante iluminó su pequeño rostro—. Sólo debes fingir que te casarás con el hombre que envíe tu hermana.

Caterine levantó las cejas.

—¿Fingir?

—Exacto. —Su amiga sonrió abiertamente, esperando que Caterine entendiera la genialidad de semejante plan.

Pero Caterine no entendía nada.

Sentía únicamente una creciente irritación ante las persistentes súplicas de Rhona.

Incorporándose, condujo a *Leo* por las alfombras del suelo y lo colocó sobre su lecho de piel de oveja, junto a la chimenea.

—Creo que no lo entiendes. No voy a pedir ayuda a Linnet ni accederé a un nuevo matrimonio. Ni siquiera ante uno falso —dijo, enfrentándose a la obstinación de Rhona con lo que, esperaba, pareciese una firme resistencia.

Firme e inquebrantable.

Sobre todo inquebrantable.

—Pero si lo hicieras, sería tu mejor oportunidad para deshacerte de sir Hugh —insistió Rhona—. ¿Has olvidado que juró obtener una orden de su rey para forzarte a contraer matrimonio en caso de que no aceptases por propia iniciativa antes de las fiestas de San Miguel? —Rhona alzó sus manos en señal de súplica—. Milady, hace tiempo que la fiesta de San Miguel ha pasado.

—¿De verdad? —Caterine se quitó una pelusa imaginaria de la manga de su vestido—. Nuestros almacenes están tan desabastecidos que no hubiéramos podido celebrar el día de San Miguel, así que ni me he dado cuenta de que la fecha ya ha pasado. Tampoco me importa lo que Eduardo III diga que yo deba hacer. Esta tierra todavía pertenece al joven David de Escocia.

—Milady, por favor —le rogó—. No tienes otra elección.